

*Nicolás: El tiempo de una intervención de Hipnosis-Metafórica*

Como preámbulo a la exposición de una intervención de un Caso que expondré y que remite al recurso del uso de la metáfora en un niño, me parece oportuno a propósito de algunas cuestiones teóricas que se han venido discutiendo poder reflexionar y conjeturar algunos puntos que permitan entender mejor la intervención a relatar.

Precisamente y a propósito de la temática de estas jornadas, que se inscriben en el marco del asunto de las identificaciones planteado como tema de este año a trabajar por las distintas instancias desde Analisee Freudienne, como también por la convocatoria del libro de Robert Levy y las propuestas acerca de pensar lo infantil que allí se proponen, es que podemos hacer algunas conjeturas.

Si bien la entrada al lenguaje plantea unos tiempos lógicos que pueden tener más o menos sincronía con la cronología etaria, mi esfuerzo intenta prescindir de tal sincronía y me centraré en la reflexión en lo primero.

De estos tiempos lógicos, suscribiendo que la entrada a lo que hemos de denominar lo infantil se produce a partir de la efectuación de la represión, podemos distinguir en ella algunos pasos o secuencias de entrada.

Entendemos que la lógica que opera no es la de las habilidades de la motricidad o de funciones cognitivas del desarrollo que nos desvíen de lo que a nosotros nos define la constitución subjetiva, me refiero a la entrada del niño al lenguaje.

Distinguimos aquí la represión primaria o Urverdrangt como la marca inaugural y constitutiva de ser sujetos inscritos y tomados por la lengua antes de nacer.

Es la pre-existencia en el lenguaje donde la marca da cuenta que hay algo de lo simbólico originariamente reprimido.

Represión de alumbramiento que el niño en su paso de la lengua al lenguaje reprime en un primer paso, adviniendo con ello al eje paradigmático del lenguaje en una operación metonímica, de combinación o desplazamiento.

Pero la asunción de un sujeto como hablante necesariamente pasa por incorporar el eje sintagmático de la lengua en una operación de sustitución, condensación u operación metafórica.

Esta doble operación se produce en un primer momento de Verdrängung, que una vez completada deviene en la estructura del sujeto.

Es así como la Verdrängung entendida como represión secundaria posibilitará la entrada del sujeto al lenguaje desde la neurosis.

La Verneinung, a su vez, dará cuenta de ese doble clivaje de inscripción y desinscripción de la represión. Inscribir para des-inscribir simultáneamente que perpetúa en ello una operación de anulación propia de la estructura perversa.

La Verwerfung operará en la psicosis al modo de un rechazo de lo simbólico que retornará en lo Real.

Urverdrängung y Verwerfung que tendrán semejanzas en esto de dejar fuera algo de lo simbólico, en el primer caso de modo inaugural en una exclusión radical y constituyente, que no genera la sintomatología del retorno como en el caso de la psicosis.

De modo que exclusión y rechazo aunque semejantes, presentarán diferencias en esto de dejar fuera lo simbólico.

En el caso de la represión, en el primer paso de la operación metonímica es dable esperar que no se instale el síntoma como retorno de lo que quedó inexorablemente excluido.

En la Psicosis lo rechazado en lo simbólico retornará en lo Real.

En la neurosis con la incorporación de las sustituciones o metáforas el niño dará cuenta de un paso significativo en esto de devenir sujeto de habla.

Consecuentemente el síntoma insistirá como retorno de lo reprimido.

Disquisiciones teóricas que tienen efectos clínicos y que permiten sostener a partir de los distintos tiempos lógicos de entrada del niño en el lenguaje, según la forma de represión que opere, diferentes intervenciones del analista.

Disquisiciones que permiten entender cuales intervenciones pueden tener efectos más directos según el tiempo lógico que experimenta el niño.

En la intervención que presento son estas reflexiones y la escucha del discurso del paciente lo que permite hacer la apuesta por el juego y la metáfora. Salida en la palabra respecto del impasse en que un Acting con el padre lo atrapaba.

El caso que voy a presentar a continuación es el de un niño entre 8 y 9 años al que vamos a llamar Nicolás, que concurre a la consulta debido a conductas de agresividad y violencia que presenta en el colegio.

Se suma desde los padres, los cuales son separados, una queja por las dificultades que el niño presenta respecto de acatar ordenes.

Hay algo así como en estos pistoleros del Oeste americano que armaban una vida en torno a desafiar a la ley enfrentándose a duelo con sus representantes o con otros bandoleros para discernir de ese modo quién era el más rápido con el revólver.

Los desafíos a la ley siempre comportan, o la esperanza que la ley advenga, o que termine por imponerse o la fantasía de serlo. Se puede concluir que se desafía a la ley porque esta existe. Como el block maravilloso, el intento de borramiento de lo escrito da cuenta de la traza de su escritura.

El padre me dice en un tono muy desafiante que Nicolás lo desafía constantemente. No me dice que lo des-obedece, sino que lo desafía.

Reflexiono acerca que se desobedece a la ley constituida y se desafía a aquello que esta por instalarse.

***Será el significante del desafío el que permitirá discernir los tiempos de Nicolás que nos permitirá discurrir una intervención, que juego mediante, permita salvar en la metáfora un conflicto anclado en la mudez de un Acting con el padre.***

El padre de Nicolás tiene una historia de violencia familiar tanto por la vertiente de un padre abandonador como por el hecho de haber sido frecuentemente golpeado por él.

A pesar de los esmeros por gritar para no golpear, al parecer la marca de la violencia sufrida se le filtra y frecuentemente es excesivamente severo con el hijo al que en algunas ocasiones de descontrol: ha golpeado.

De cualquier modo, siempre le exige demasiado esmero y perfección en cada uno de sus actos lo que lo hace “estar disciplinándolo frecuentemente”.

Disciplina que permite sostener los gritos de una ira que se escapa y por otro lado intentar lograr un comportamiento ejemplar de parte de Nicolás que le garantice una ausencia de motivos para castigarlo.

Al parecer los castigos de este padre matan. Lo atravieza el temor de castigar golpeando como le ocurrió a el cuando niño. El fantasma que lo habita es la operación de una igualdad entre la disciplina y los golpes, entre el enojo y la violencia.

Cada vez que concurren ambos a la consulta, a la que suelen llegar adelantados, se producen juegos de palabras entre ellos que generan discusiones con un cierto grado de fricción. Al mismo tiempo, se trenzan en forcejeos y juegos de manos que esconden una cierta agresividad que no logran disimular tan claramente.

Hay una situación permanente de una agresividad encubierta a punto de desbordarse. Nicolás desafía al padre descalificándolo a lo que este le devuelve un palmotazo cariñoso pero ligeramente pesado que hace que el hijo le dé un ligero golpe a su vez. Se respira una cordialidad amenazante la cual se impone a pesar del disimulo que al amparo de una jugarreta se intenta imponer.

Nicolás ha manifestado conductas muy rabiosas con su madre y en el ámbito escolar, que se expresan veladas en estos juegos previos a su atención en la sala de espera de mi consultorio.

En uno de estos prolegómenos, al parecer la disputa se escapa de las manos de estos contendores contenidos y se intercambian insultos y amenazas.

Nicolás se violenta por una nimiedad a lo que el padre le responde con unos gritos y frases que lo humillan y desvalorizan.

Nicolás lo amenaza con no trabajar en la sesión.

Entra de este modo al consultorio reticente y decidido a no hablar, no obstante, se tiende en el diván en la postura habitual donde el se expresa generalmente de modo locuaz y donde normalmente se muestra muy dispuesto a trabajar.

Me dice que no va a hablar. Que el padre pague por un tiempo que el esta dispuesto a perder.

Yo le pregunto acerca de cómo resolvió una disputa que el se disponía a zanjar con su mejor amigo. Asunto que iba atender despues de la última sesión.

Cuestión acerca del decenlace que el quería hablar en la sesión de hoy.

Me dice que no va a colaborar. Como un prisionero que no quiere renegar de su propósito de fastidiar al padre me dice que “no tiene nada que decir”.

Noto que se fastidia a si mismo ya que advierto su deseo por hablar.

Deseo contrariado ya que por un lado tiene mucho que decir pero por otro lado hablar es satisfacer al padre.

Mira hacia la ventana y observa la hora en un reloj pulsera que le han obsequiado hace poco por su cumpleaños, de esos que tienen múltiples programas; reloj que cumple las funciones de un objeto transicional al sostener la omnipotencia imaginaria de sumergirse a 100 mts. de profundidad o de saltar en un paracaídas desde una altitud imposible que el reloj se encargará de consignar.

Nicolás oscila, entre mirar la hora como un ejecutivo que tiene y demuestra su prisa esperando que pronto termine la reunión para dedicarse a otras cosas que lo ocupan, o en jugar con las múltiples perillas del reloj las cuales manipula buscando establecer inútiles funciones.

La forma en que manipula el reloj me recuerda a los primeros juegos de los niños con los objetos. La inutilidad de sus maniobras evoca el placer de lo lúdico, del jugar por el jugar.

Me percato que estoy siendo convocado a un lugar de transición donde converge por un lado un niño que debe callar para contrariar el deseo de su padre y aquél que quiere hablar de las angustias y los conflictos que lo aquejan.

Espacio transicional donde a partir del juego se pueda elaborar la dicotomía a la que Nicolás se enfrenta.

No rehusó la convocatoria y decido entrar en el juego que Nicolás propone. Acepto el paso de jugar sólo a jugar con el otro que Nicolás propone.

Sólo que el juego del análisis en este caso, es como en el antiguo juego de letras de salón denominado curiosamente “Dilema”, que ratificaba en su denominación el dilema que comporta el juego de la letra ( decir un imposible en el lenguaje).

Juego del análisis que no es sino una invitación a subirse al tren de los significantes.

Jugar sí ,para hablar. Dibujar sí , para hablar.

El juego en el caso del espacio analítico es juego para el discurso. Jugar sin renunciar a hablar. Nicolás lo sabe ya que quiere jugar para poder hablar.

Le digo entonces, que para que él pueda hablar no me va a quedar más que hipnotizarlo.

Nicolás me mira y sonrío.

Yo hago mi mejor gesto de taumaturgo y le confirmo: ya puedes hablar.

Nicolás liberado del peso auto impuesto del deber de contrariar al padre y más libre en su deseo de hablar, acepta el juego de hablar en serio.

Mira la hora entendiendo que quizás no le queda mucho tiempo, al tiempo que le digo que la sesión comienza ahora. Me sostengo en los tiempos lógicos que se imponen por sobre el reloj como reloj.

Nicolás me habla acerca de la crueldad de sus compañeros con un chico más débil. De la violencia que un compañero ejerce con él y de el “laiz affaiere” con el cual el Director del colegio contempla este tipo de abusos.

Nicolás vive entre la ley severa, calladamente agresiva de un padre y la ausencia de ley o quizás perversas normas de la institución. A veces uno piensa que en los niños estas falencias de la ley validan doblemente la ley de los juegos. Si no es por el poder del padre, ni por el de la escuela, que lo sea por el poder de un superhéroe o el poder de Grayskoold.

El juego presta la ley que el otro no dona.

Desafía de este modo la ley del padre a la espera de una norma que instale la autoridad, que le permita a su vez instalarse como sujeto

Fue una sesión donde Nicolás no se privó de hablar, incluso quizás como consecuencia de un trance imaginario dijo cosas que hace un tiempo reprimía, acerca de las rabias que sentía hacia un padre que “como daba todo por sus hijos” a él le costaba reprochar y encarar por la violencia con la que imponía una ley demasiado severa.

Habiendo transcurrido la sesión, decido terminarla con la frase que nos era habitual: bueno, nos vemos el miercoles.

Nicolás me mira, sigue tendido en el diván y me dice. ¿ No me va a despertar?

Yo hago un chasquido con los dedos ante lo cual él despierta, me mira y sonrió.

Al salir el padre lo interroga: ¿Me imagino habrás trabajado como es debido?

Nicolás le dice : de trabajar nada.

Además ni me acuerdo porque deje pasar el tiempo. Lo dice dando una mirada al enorme reloj que lleva como emblema en su muñeca izquierda.

Nunca más hablamos de la sesión de hipnosis, inventamos muchos otros juegos. Nos servimos las más de las veces de la metáfora. Me habló de Animal Planet y de los depredadores para indicarme que eran feroces y crueles. Que no tenían Dios ni Ley. Que se parecían al compañero que violentaba a ese chico más débil al que el hacía referencia. Que el colegio era una selva.

Nicolás en las sucesivas sesiones se sirvió de los significantes y entró en plenitud en el juego de las sustituciones.

Yo advertía que metáfora mediante el se convertía en un infante que como el significante remite lo hacía estar de pie. En la infantería de una subjetividad posible.

Como me imagino que muchos de Uds., al modo como suele ocurrir con las historias querrán saber acerca de su desenlace.

Al respecto no sé muchas cosas.

El padre decidió después de un tiempo que no lo iba a traer más a perder el tiempo.

Dejó de venir.

Nicolás me llamó algunas veces por teléfono para contarme que después de un tiempo se cambió de colegio, que se fue a vivir con la madre. Al parecer no pudo con el padre y lo agredió físicamente. Encontró novia, en fin.

Le pregunté (la verdad es que no pude abstenerme) acerca del reloj, a lo cual me respondió que hace mucho tiempo que no lo usaba, que era de niño.

Entonces me percaté que había otros objetos que le atraían ahora.

Le dije de seguro a tu novia la tienes como hipnotizada con lo cual río a carcajadas. De seguro me dijo. Al menos es lo que intento.

¿Hipnotizada o seducida?

Nos despedimos y yo me quedé por un momento detenido entre la risa que el juego permitía y la violencia de los golpes al padre que Nicolás no pudo resolver.

Al colgar quedé triste, sentí que no lo había podido ayudar del todo, me percaté que estaba en silencio como si estuviese hipnotizado, entonces ...sonreí.

**Alex Droppelmann Petrinovic**

Psicólogo Clínico - Psicoanalista

---